La guerra de los mundos

H. G. Wells

Adaptación de Núria Climent Codina

Ilustraciones de Joaquín Porcar

adapta editorial

LIBRO PRIMERO
LA LLEGADA DE LOS MARCIANOS

CAPÍTULO 1. ANTES DE LA GUERRA

«Pero ¿quién vive en aquellos mundos,
si es que están habitados?
¿Somos nosotros o son ellos los señores del Universo?
Y ¿por qué las cosas tienen que estar hechas
por el hombre?»

Johannes Kepler
(citado en *Anatomía de la melancolía de Burton*)

A finales del siglo XIX nadie habría creído
que los humanos estaban siendo vigilados.
Vigilados por unos seres
con una inteligencia superior a la del hombre.
Y que estos seres también eran mortales.

Tampoco se habría imaginado nadie que,
desde el espacio, estaba a punto de llegar
un peligro para la especie humana.
De hecho, nadie creía que hubiera vida
en otro planeta.

O quizás algunos imaginaran que, en el planeta Marte,
podían vivir seres inferiores.
Y pensaban que estos seres recibirían con amabilidad
cualquier expedición humana.

El planeta Marte es más antiguo que la Tierra.
Tiene aire y agua, y todo aquello necesario
para que haya vida.
Pero unas temperaturas cada vez más gélidas
lo estaban convirtiendo en inhabitable.
La Tierra, en cambio, les ofrecía un clima
y unas condiciones adecuadas para vivir.
Y en Marte había seres de gran inteligencia,
fríos e implacables, que vigilaban la Tierra
con envidia.

Los humanos pensaban que la vida
consistía en luchar por la existencia.
Y los marcianos pensaban lo mismo.
Y para escapar de un planeta
que iba hacia su desaparición,
no les quedaba otra solución que invadir
el siguiente planeta más cercano al Sol: la Tierra.

Algunos científicos que observaban Marte
con sus telescopios vieron, aquel día de 1894,
algunas explosiones en su superficie
y una nube de gas ardiente
que venía a gran velocidad hacia la Tierra.
Pero los periódicos no hablaron del tema.

Yo tampoco lo hubiera sabido
si no me hubiese encontrado por casualidad
con Ogilvy, un amigo astrónomo[1].
Estaba muy emocionado por aquellos hechos,
y me invitó a ir aquella noche a su observatorio
en Ottershaw, cerca de Woking, donde yo vivía,
en el condado de Surrey,
para observar juntos el espacio.

Mientras mirábamos Marte a través del telescopio,
se produjo otra explosión de gas.
Fue como un relámpago rojo.

Ogilvy siguió observando durante un rato
y después volvimos a casa.

---

1. Científico que estudia los fenómenos del cielo y el espacio exterior.

Durante el camino, me dijo que quizá Marte
sufría una lluvia de meteoritos[2]
o que había habido una enorme erupción volcánica.
No creía que el planeta estuviera habitado.

Las explosiones continuaron durante 10 noches,
siempre hacia la misma hora. Y después, nada.
Muchos observadores las vieron,
y los periódicos hablaron por fin de ello,
en algunos casos con tono de burla.
Y mientras tanto, los proyectiles de los marcianos
venían a toda velocidad hacia la Tierra.

Una noche salí a pasear con mi mujer.
Era una noche cálida y tranquila,
en el cielo brillaban las estrellas
y le mostré cuál era el planeta Marte.
En un momento dado, mi mujer me señaló
unas luces rojas, verdes y amarillas
que se veían en el cielo.

Pero todo parecía seguro y tranquilo.

---

2. Cuerpo que viene del espacio exterior, de pequeñas dimensiones, no superiores a 50 metros de diámetro.

CAPÍTULO 2. EL METEORITO

Y llegó la noche en la que cayó el primer meteorito.
Se vio de madrugada.
Fue en el prado de Horsell, muy cerca de Woking,
donde vivíamos, a unos 50 kilómetros de Londres.

Yo estaba tranquilo en casa, escribiendo,
con las ventanas abiertas, y no vi nada.
Pero Ogilvy lo vio, y de buena mañana
salió a buscar dónde había caído.
Y encontró la Cosa —como él la llamó—
medio enterrada en la tierra,
en medio de un agujero enorme.
El impacto había sido tan fuerte
que había lanzado piedras, arena y tierra
a más de dos kilómetros de distancia.

La parte que se podía ver era un cilindro
de unos 30 metros de diámetro
recubierto por una especie de escamas oscuras,
como de ceniza solidificada.

Ogilvy se acercó, extrañado por aquella forma,
ya que los meteoritos suelen tener
una forma redondeada.

Pero no podía acercarse
porque se había calentado mucho
al entrar en nuestra atmósfera, por el roce con el aire,
y quemaba.
Del cilindro se oían algunos ruidos.
Interpretó que era porque se estaba enfriando.
Se quedó cerca del agujero, observando. Estaba solo.

De repente, un lado de la corteza del cilindro
se desprendió y la parte superior comenzó a girar
muy poco a poco.
Y comprendió que alguien lo estaba desenroscando
desde dentro.

—¡Dios mío! ¡Quizás hay un hombre,
o unos cuantos hombres atrapados que quieren salir!
—exclamó Ogilvy.

Y entonces relacionó el cilindro con la explosión
que había observado unos días antes en Marte.
Pensó que los que estaban dentro del cilindro
eran marcianos.

Se acercó al cilindro para ayudar a desenroscar la tapa.
Pero el calor era demasiado fuerte.
Finalmente, decidió ir a Woking a pedir ayuda.
Debían ser las seis de la mañana.
Se cruzó con un hombre que llevaba un carro.
Le quería explicar la situación,
pero el hombre no le hizo caso y siguió su camino.

Tampoco le creyó el joven
que estaba abriendo el hostal.
Pensó que era un loco que se había escapado,
y estuvo a punto de encerrarlo en una habitación.
Por suerte, al otro lado de la calle vio a su amigo
Henderson, un periodista de Londres, y lo llamó:

—¡Henderson! ¿Viste anoche el meteorito?

—Sí, ¿y qué? —respondió su amigo.

—Ahora está en el prado de Horsell.
Es más que un meteorito.
Es un cilindro, ¡y tiene algo dentro!

—¿Qué? ¿Qué está diciendo?
—preguntó Henderson sorprendido.

Y después de oír todo lo que Ogilvy le explicaba,
fueron los dos hacia el prado de Horsell.

El cilindro seguía allí, en la misma posición.
Lo golpearon varias veces con un bastón,
pero como no contestaba nadie,
pensaron que si había seres dentro del cilindro
quizás habían perdido el conocimiento
o quizás habían muerto.

Entonces volvieron a Woking
y enviaron un telegrama a Londres
para informar del meteorito.
Después fueron al prado de Horsell.
Muchos curiosos ya habían llegado
para ver a los “hombres muertos venidos de Marte”.

